

malísimos, la falta de luna si les sorprendía la noche en terreno difícil cuando todos estaban cansados, la falta de agua en el terreno seco que tenían delante, cuando el enemigo, mucho más numeroso que ellos, estaría descansado, después de haber bien comido y bebido. Por estas razones, dijo, juzgaba más prudente aguardar al enemigo en el sitio donde se hallaban al abrigo y alcance de sus terraplenes fortificados y fosos. Mediante buenas y activas rondas nocturnas y bien colocadas avanzadas podrían dormir tranquilos, y por la madrugada, bien alimentados, ponerse en marcha contra el enemigo, que de seguro, como ya sabía Juliano, les ahorraría parte del camino, pues que ya estaba en marcha entonces y según el cálculo del general no podía faltar el encuentro a la mañana siguiente muy cerca de allí.

Quizá Juliano quiso indagar con esta arenga el grado de valor y disposición general de sus soldados, porque cuando estos pidieron a grandes voces ser llevados al enemigo sin ninguna demora y los oficiales aconsejaron lo mismo, dió otra vez orden de seguir adelante. Sin embargo no tuvieron que ir muy lejos, porque luego se encontraron con los escuadras del enemigo y poco después a toda la hueste.

En ambos ejércitos reinaba la mayor animación, entusiasmo y desprecio del enemigo. Los jefes de los bárbaros estaban muy lejos de pensar en disolver sus bandas antes de haber librado una gran batalla; y en cuanto a los romanos, cuando los oficiales aconsejaron al general que llevara las tropas al combate, dijo el prefecto del pretorio Florenciano que si no se hacía así, sería fácil que los soldados se amotinaban con el pretexto de que se les robaba una victoria si se daba tiempo a los bárbaros a dispersarse.

La causa de tanto entusiasmo era, según dice Amiano, el recuerdo de la campaña del año anterior, en que los germanos se habían ocultado en sus selvas fortificando los pasos con troncos de árboles, y mientras los romanos los expulsaban de la orilla derecha del Rin el emperador los acosaba desde la Retia y otras tribus de su raza por la espalda, y en esta situación habían solicitado la paz. Verdad es que las circunstancias habían cambiado notablemente desde entonces. Los germanos, en lugar de tres enemigos, solo tenían uno delante y por cierto poco numeroso; vivían con sus vecinos en paz y armonía y la vergonzosa huida de Barbaccio había exaltado su valor. A todo esto se agregaba que los dos reyes Gundomado y Vadomaro, que el año antes habían celebrado la paz con Constancio y que de ningún modo querían faltar al convenio, ya no eran de temer. El primero, el más poderoso y más formal, había sido asesinado; y a su muerte, se habían unido las dos tribus contra los romanos obligando a la fuerza a Vadomaro a acaudillarlos aunque con alguna repugnancia.

Por su parte encontró la tropa romana animada como estaba un nuevo augurio en la exclamación de un abanderado que conjuró al César que diera inmediatamente la orden de ataque. Es característico cómo el autor gentilicio Amiano procura presentar la invocación a la divinidad por medio de circunlocuciones que podían admitir igualmente los romanos paganos y los que ya eran cristianos.

En esta disposición llegó el ejército no muy lejos de la orilla del Rin a una colina de pendiente muy suave en cuya cima se veían en medio del trigo ya maduro tres jinetes alamanos, que al divisar a los romanos, volvieron grupa y corrieron a reunirse con los suyos. Otro a pie no pudo correr bastante, y hecho prisionero declaró que los germanos eran tantos que para pasar el río habían necesitado tres días y tres noches.

No tardaron los dos ejércitos en hallarse a la vista uno del otro. Los germanos formados según su costumbre en cu-

no ó cabeza de jabalí como la llamaban, forma que el mismo dios Odin había enseñado a sus mayores. Los jefes romanos mandaron hacer alto a los piqueros y lanceros de las primeras filas en el mismo orden en que habían marchado formando un muro impenetrable, dice Amiano. La ventaja de los romanos consistía principalmente en la superioridad y variedad de armas que les permitía emplear aquella que según el estado del combate más conviniera en cada momento dado, mientras el enemigo germánico tenía solo el ancho pecho desnudo, su escudo de mimbres ó de tablas delgadas, su espada grosera, la lanza a menudo sin punta de metal y su impetuoso heroísmo que como en otras ocasiones les debía costar en esta grandísima pérdida.

Los bárbaros hicieron también alto, y como vieron, según ya les habían avisado algunos desertores, que el general romano colocaba toda su caballería a la derecha, fue entonces esta la táctica romana, ya fuese invención de Juliano ó solo una disposición del momento, colocaron también ellos en frente, es decir en su ala izquierda, sus mejores jinetes entremezclados con guerrilleros listos de a pie, según la costumbre antigua germánica y muy especialmente sueva. Por experiencia sabían que sus mejores guerreros montados nada podían contra los jinetes acorazados hasta los pies lo mismo que sus monturas; pero un infante listo, mientras el acorazado tenía la vista y atención fija en el jinete enemigo, podía buscar la parte donde el caballo ofrecía un punto débil, herirlo ó matarlo y así hacerlo caer con el hombre que lo montaba y a quien entonces era fácil rematar. El ala derecha de los germanos se hallaba oculta a la vista de los romanos. Los caudillos principales de toda la hueste eran el citado Cnodomaro, el causante principal de toda la guerra que mandaba el ala izquierda, y Serapio, joven casi imberbe, pero valiente como ninguno, hijo de un hermano de Cnodomaro, llamado Mederico, cuya vida entera no había sido más que una cadena de perfidias.

Cnodomaro distinguíase por un grueso adorno rojo color de fuego al rededor de las sienes. Convencido de su fuerza atlética, galopaba montado en un brioso corcel delante de su hueste blandiendo su terrible y pesada lanza y luciendo sus demás armas; guerrero formidable y caudillo afamado por sus excelentes disposiciones; bien que en esta ocasión dió pruebas de lo contrario y de una inteligencia muy limitada, porque empeñó una batalla con un río a las espaldas sin puente, y que había exigido para ser pasado tres días con sus noches, río cuyas olas en caso de derrota habían de ser la tumba de miles de guerreros, como en efecto sucedió en esta ocasión.

El padre de Serapio había permanecido mucho tiempo en la Galia en calidad de rehen, y había aprendido allí algunas doctrinas de misterios religiosos griegos y egipcios, y con este motivo había cambiado el nombre germánico de Agenarico de su hijo en el de Serapio; de modo que algunos germanos no debían de ser bárbaros en cuanto a talento, pues que había entre ellos quienes estudiaban los misterios religiosos ó filosóficos de los griegos y egipcios y los idiomas cultos en que se enseñaban. La co-existencia de dos reyes como Cnodomaro y Serapio, sin contar los demás caudillos, en el grupo colectivo alamanos, prueba también que debía de continuar entonces la primitiva independencia de cada tribu, y que el lazo que las unía debía ser asaz flojo é indefinible, conforme ya hemos tenido repetidas veces ocasión de explicar.

El número total de combatientes germanos en esta acción lo calcula el historiador romano en 35,000.

El ala izquierda de los romanos, conducida por Severo, después de avanzar, se detuvo por haber encontrado zanjas,

al parecer lechos de torrente, donde estaban ocultos alamanos que de improviso lanzaron sus proyectiles sobre los enemigos. Estos, ignorantes de la topografía accidentada del terreno, se habrían arremolinado confusos, si Severo no hubiese dado la orden de hacer alto hasta conocer mejor la extensión del peligro, sin por esto espantarse ni retroceder un solo paso. Juliano, al observarlo desde el ala opuesta, corrió con 200 jinetes al punto del peligro, pasando por entre las filas de la infantería a rienda suelta sin hacer caso de los proyectiles enemigos que salían de las hondonadas. Al llegar al sitio donde se había detenido el ala izquierda, animó a los soldados recordándoles la impaciencia con la cual habían pedido ser llevados al ataque y los excitó a vengar las afrentas que habían hecho sufrir a la majestad romana, aquellos bárbaros que, impulsados por su ferocidad y sed de combate, habían ido a buscar su perdición. Luego les aconsejó que no se cegasen en la persecución cuando el enemigo huiera, y les prohibió en caso contrario retroceder un paso.

Repitiendo estas exhortaciones en diferentes puntos, dirigió allí la mayor parte de sus fuerzas; prueba de que los obstáculos encontrados eran de mucha consideración. No los encontraron menos los alamanos de cuyas filas salió de repente el grito amenazador é indignado que: «¡los jefes bajen de sus caballos y combatan a pie como los demás!» Basta esto para formarnos una idea de la poca autoridad y confianza que gozaban los jefes germanos entre los suyos, cuando el más feroz de todos, Cnodomaro, se apresuró a echar pie a tierra y meterse entre los demás guerreros desconfiados y recelosos; bien que al fin y al cabo no debió perder a su caballo de vista porque huyó en él.

Comenzó entonces el choque entre los dos ejércitos. El ala izquierda de los germanos compuesta de infantería mezclada con caballería se precipitó sobre la derecha de los romanos con más ímpetu que prudencia, llegando sin aliento a causa de sus alaridos, de la corrida violenta y de los esfuerzos hechos para lanzar sus flechas y dardos; pero a pesar de esto excedió su furor guerrero aquel día a todo lo acostumbrado, erizándose sus largos cabellos y arrojando fuego sus ojos. La infantería romana no se inmutó y se defendió contra los golpes de los bárbaros de elevadísima estatura con excelentes escudos, mientras que sus mortíferas espadas ó sus picas no erraban un golpe en los desnudos y atléticos cuerpos de los enemigos.

La caballería romana formóse en masa compacta sin dejar vacío entre ella y la infantería, luchando de consuno para resistir la avalancha enemiga. Una espesa nube de polvo envolvía a todos; el momento era crítico; el peligro grande, el sol de agosto hacía la jornada más penosa y solo con esfuerzos sobrehumanos lograron los romanos sostenerse y aguantar la embestida del número casi triple. En alguno que otro punto notábase hasta un ligero retroceso. Los bárbaros furiosos al ver que no podían abrir brecha en la sólida muralla viva protegida por los escudos de los romanos, se arrojaban para ver si podían herirlos por debajo; otros confiando en sus formas atléticas se echaban ó apuntalaban contra la muralla de escudos como quien quiere derribar una puerta con la masa de su cuerpo; pero las puntas metálicas de los escudos legionarios atravesaban los suyos hechos de mimbre y penetraban en sus carnes, llegándose así poco a poco a una lucha a brazo acompañada de espantosa gritería en la cual se mezclaban los alaridos de los que ganaban con los de rabia y de dolor de los heridos que caían.

Al fin empezó el ala izquierda romana a avanzar sobre los cadáveres de sus enemigos, dejando tras sí zanjas y subiendo lomas, luchando sin cesar un momento; pero en este mismo instante cedió el ala derecha donde estaba la caballería, la

cual huyó completamente desbandada, cuando después de haber cedido parcialmente y vuelto a reformarse vió caer al comandante de los acorazados y al hombre que combatía a su lado. Habrían atropellado en la fuga a la infantería que venía detrás si esta no hubiese sufrido el tremendo choque formada en una sola y sólida masa sin ceder un paso.

Juliano al ver la desgracia desde el otro extremo presentóse como el rayo y se plantó con su jadeante caballo delante de los fugitivos cerrándoles el paso. El primero que se encontró con él fué el jefe de un escuadrón, y reconociendo al César por el ondulante y elevado gallardete de púrpura en la punta del estandarte imperial que representaba un dragón, se puso pálido de vergüenza y de temor, detuvo su caballo y esforzóse en volver a reunir su gente espantada. El general la animó en seguida logrando detenerla y reunir sucesivamente otra vez toda la caballería a espaldas de las legiones. Entre tanto los alamanos libres ya de la caballería habían atacado a la infantería esperando encontrar solo una débil resistencia por el fatal ejemplo de la caballería. Pero se engañaron: se las habían con los cornutos y bragatos (braccati), tropas escogidas, endurecidas y prácticas en los combates, en gran parte de origen germánico y celta, cuyo solo aspecto inspiraba terror, y mas cuando en este momento entonaron, siguiendo la costumbre germánica, con sus potentes pulmones el canto guerrero llamado barrito (1), que en medio del combate empezaban a manera de zumbido, alzando mas y mas la voz hasta parecerse al confuso estruendo de las olas del mar que se rompen embravecidas contra las peñas. La lucha en medio de la espesa nube de polvo era cuerpo a cuerpo y las pérdidas de los alamanos incomparablemente superiores a las de sus contrarios, que con sus excelentes escudos formaban una sola coraza al rededor y encima de toda la masa compacta. Esta desigualdad exasperó a los bárbaros hasta un grado indecible; y al fin habrían logrado abrir brecha, si en el momento más difícil no hubieran llegado a los romanos refuerzos de tropas frescas. Eran las tropas bátavas, las que mas apreciaban los emperadores entre todos los mercenarios germánicos a su servicio y las que mas temían los enemigos. Ligábalos un juramento que solían hacer de no abandonar a ningún camarada en el mayor peligro, aun con exposición de su propia vida. Su llegada reanimó a las tropas romanas que iban ya perdiendo su fuerza en la terrible é incesante lucha; pero los alamanos no querían dejar su presa; bramando de ira echáronse como furiosos también sobre los recién llegados, como si el maligno y sangriento espíritu de sus selvas, su dios Vodan ó Odin, se hubiese encarnado en ellos. Espadas, lanzas, frameas y flechas con puntas de hierro cruzaban el aire y se hundían en los cuerpos ó resonaban sobre las corazas y escudos; los alamanos tenían la ventaja del número, de su fuerza y proporciones atléticas y su ciega furia; y heridos, derribados y postrados, todavía trataban de herir a los que tenían delante, «prueba de una terquedad extraordinaria», dice el autor griego.

Así estaban las cosas sin retroceder ni ganar ninguno de los bandos cuando los jefes de los germanos, probablemente conducidos por Cnodomaro, apelaron al último recurso para decidir la jornada. Seguidos de los caudillos nobles y los principales guerreros aprovecharon este momento para probar a los suyos cuán injustas habían sido sus sospechas de que se estaban a caballo para poder huir mejor si la lucha tomaba mal aspecto, y reunidos todos en un grupo arrojáronse como un huracán que todo lo derriba y troncha a su paso sobre el centro y parte del ala izquierda de los romanos

(1) Voz derivada no de bardo, como dice el autor, sino del verbo latino *barrire*, bramar.

con tanto éxito, que efectivamente lograron abrirse camino entre las filas y llegar hasta el centro detrás de las primeras líneas. Allí jadeantes, sin aliento, disminuido su número, se encontraron con la legión valiente, descansada y completa de los primanos que el peritísimo general había dejado de reserva. Tranquila como si se tratara de una función del circo recibió la legión como un castillo acorazado de hierro á los guerreros germanos, que sucumbieron uno tras otro al filo de las mortíferas armas de los legionarios, mientras la línea de frente se volvía á formar para atacar por la espalda á los que habían seguido á sus jefes y se veían á la sazón de tenidos en su embestida y rodeados por todas partes de las tropas romanas, sin ninguna reserva que los socorriera, ni medio de escapar en masa de la trampa en la cual les había hecho caer su loco furor guerrero.

Todos los que asistieron á aquella jornada confirmarán que su deseo de salvarse salió en grandísima manera frustrado, dice Amiano, añadiendo: «Tanta carnicería no podía hacerse sino bajo la manifiesta protección de un dios presente en el campo de batalla; los soldados siguiendo á los fugitivos los mataban por la espalda, y cuando de tanta carnicería las espadas quedaron torcidas, cogieron las lanzas de los bárbaros y los atravesaron con sus propias armas. La sangre que corría á raudales no aplacó la ira de los vencedores; los brazos no se cansaban del degüello en masa; no se perdonaba á los que pedían gracia; en montones estaban atravesados de parte á parte y los heridos mortalmente deseando que los rematasen para acabar de padecer; los moribundos echaban su última mirada á la luz del día; los proyectiles gruesos como vigas (arrojados por las balistas, adelantadas á este efecto) habían ya arrancado la cabeza á muchos fugitivos, que solo les colgaba del tronco por la piel de la garganta; otros resbalando en la sangre de sus compañeros caían sin ser heridos y fueron aplastados y ahogados por otros fugitivos que pasaban sobre sus cuerpos; mientras que los vencedores tras ellos pisaban cadáveres, relucientes yelmos y escudos hasta que los embotados filos de sus espadas se negaron á prestar mas servicio. Cuando los montones de muertos semejantes á muros impidieron la salida á los que huían, echáronse por el único camino que les quedaba, el río, donde se arrojaron seguidos de sus incansables perseguidores que con todas sus armas, confiando en su habilidad, se echaron tras ellos al agua hasta que los tribunos y jefes los reprendieron é hicieron salir, contentándose con establecerse á la orilla, desde donde como por diversion tiraban contra los fugitivos como contra metas flotantes, y muchos cuya ligereza les había salvado hasta entonces de la muerte se hundieron alcanzados por los proyectiles. Sin sombra de exposición ni peligro, como si fuesen meros espectadores de teatro, miraban los romanos desde la orilla cómo los menos nadadores se asían de los mas prácticos, y cuando estos se habían desprendido de ellos, flotaban como troncos, hasta que la corriente se los llevaba al fondo á los unos y á los otros. Algunos, sin embargo, echados sobre sus escudos lograron atravesar el río y llegar en dirección oblicua después de muchos peligros á la otra orilla, y el río enrojecido de sangre parecía admirarse espumante de tan extraña crecida.» Aunque el autor no lo dice, podemos suponer que la caballería debió de tomar una buena parte en la persecución.

Podemos suponer que, luego que los germanos volvieron la espalda y echaron á huir, la legión de los primanos, hasta entonces formada en una masa inmóvil á manera de los cuadros modernos cuando han de resistir á cargas de caballería, se abrió dejando pasar por el centro las filas últimas, y desplegándose en una larga línea de frente, siguió así á los fugitivos, y quizá los acometió al mismo tiempo por los dos

flancos. Mas esto no basta para explicar que los germanos no encontrasen otra salida mas que el río. Para ello era menester que las primeras filas romanas rotas por los germanos en su ataque formidable, se hubiesen formado otra vez á sus espaldas mientras ellos luchaban con los cuerpos de reserva. También es de suponer que la caballería romana tuvo tiempo de reponerse de su pánico para caer sobre los fugitivos al pasar estos en su corrida hacia el Rhin por delante del ala derecha romana, detrás de la cual se habían abrigado los acorazados; pudiendo luego perseguir al enemigo en la meseta hasta el borde abrupto de las alturas junto al río.

Entre tanto el rey Cnodomaro pasando sobre montones de cadáveres y de heridos, había logrado salir del alcance de los perseguidores con un número regular de los suyos que quizás se reunieron al rededor de su persona una vez fuera del mayor aprieto. Su plan era internarse en el territorio de los tribocos donde tenían su campamento cerca de Tribunco y de Concordia, plazas probablemente antes romanas y á la sazón como las demás destruidas. Allí tenían lanchas preparadas para huir, pero la dificultad era poder atravesar el Rhin sin ser perseguidos por los romanos. A este fin se separó Cnodomaro de los suyos para no llamar tanto la atención, y estaba trotando disimuladamente á lo largo de la orilla cuando una cala pantanosa le obligó á apartarse y subir á una eminencia, pero mientras estaba bordeando el pantano hundiéndose su cabalgadura en el terreno flojo y echó á su jinete al agua; Cnodomaro pudo salir, y llegado que hubo á la cumbre de la loma fué visto en seguida por los romanos que demasiado bien le conocían por sus hazañas anteriores, y al momento se puso en movimiento toda una cohorte para cogerle, cercando toda la eminencia á fin de no arriesgarse arriba, donde había un matorral espeso, en el cual tenían una emboscada. Cuando Cnodomaro vió ocupadas todas las salidas, se rindió, sin intentar mas resistencia; salió solo del matorral en dirección del próximo puesto y se entregó. Al verlo salieron tres de sus parciales mas amigos é hicieron lo mismo, dejándose como su jefe poner las cadenas. Igual conducta siguió su escolta compuesta de unos doscientos hombres que hubiera mirado como vergonzoso no compartir la suerte de su jefe. A esto dice Amiano que «el exceso de miedo movió á Cnodomaro á rendirse; y como los bárbaros no pueden mirar con serenidad la fortuna, y son serviles en la desgracia, se dejó llevar esclavo de la voluntad de otros, pálido y silencioso, porque la conciencia de su culpabilidad y de sus fechorías le ataba la lengua, bien diferente de cuando profería salvajes amenazas contra Roma sobre las ruinas de las ciudades que había destruido y en medio de los indecibles horrores que había sembrado en torno suyo.» A esto añade después el autor que no era cristiano ni muy creyente en los dioses antiguos: «Esto fué obra de la bondad del Sér supremo.»

Por fin llegó la noche del largo día de verano, el clarín llamó á la tropa á reunirse, y después de disponer las rondas y avanzadas necesarias se pusieron los soldados á cenar y á descansar. Las pérdidas de los romanos consistían en 243 muertos, entre ellos un tribuno, un favorito de Juliano, el germano Bainobaldo, jefe distinguidísimo que había llevado á cabo el degüello en las islas del Rhin; otro germano llamado Laipso, los dos tribunos de los cornutos, que era el cuerpo que mas debía haber sufrido, y finalmente Inocencio, comandante de los acorazados, cuya muerte había causado la dispersión de los suyos.

Los alamanos dejaron 6,000 muertos en el campo de batalla, siendo imposible calcular el número de los que se ahogaron en el río. Fuera del rey Cnodomaro y de sus acompañantes, no hicieron los romanos al parecer muchos prisioneros.

Juliano fué proclamado unánimemente *augusto* por todo el ejército, probablemente en el mismo campo de batalla, y no *imperator*, porque no admitió este honor que podía costarle la vida, y reprendió á los soldados por este acto de desorden á pesar de que estos no habían hecho mas que darle lo que le correspondía en justicia, habiendo decidido la suerte del combate en dos momentos de gravísimo peligro.

Para aumentar la fiesta hizo presentar á la reunión de oficiales á Cnodomaro que entró cabizbajo, se prosternó é imploró gracia en su lengua almana. Juliano le animó y pocos dias después le envió al emperador que á su vez le hizo conducir á Roma, al campamento de los extranjeros en la colina Célica, como la llamaban los bárbaros, donde murió «de somnolencia como sucede á la gente vieja.» Quizás fué de nostalgia, porque Cnodomaro no era viejo.

El honrado Amiano tan sincero patriota nos presenta en esta ocasión un cuadro de lo que era entonces la corte de Roma: «No obstante los muchos y eminentes resultados que Juliano había logrado, no le faltaban muchos enemigos en la corte, que solo para halagar la vanidad del emperador envidioso, llamaban á Juliano «el vencedorcito» cada vez que enviaba, observando la mayor modestia, la relación de una victoria obtenida. En cambio atribuían al soberano los méritos mas exagerados que solo la adulación mas vil podía imaginar, haciendo ver que todo cuanto sucedía en el ámbito entero de la tierra era debido á su sabia dirección. Poco á poco creyó el emperador mismo, é hinchado de orgullo divulgó en sus anuncios oficiales las mentiras mas colosales, diciendo entre otras que él había combatido, solo y personalmente; él había vencido y mandado levantarse á los reyes prosternados á sus piés implorando perdón. Cuando, hallándose en Italia, recibía parte de un general anunciándole por ejemplo una victoria sobre los persas, enviaba á todas partes á costa de las mismas provincias larguísimas relaciones de la victoria, en las cuales ni siquiera nombraba al general vencedor, pero en cambio refería con expresiones entusiastas que él en persona había luchado en primera fila, etc. Cuando Juliano ganó la gran batalla cerca de Estrasburgo (que es la que acabamos de describir) se hallaba el emperador á cuarenta jornadas de allí, lo cual no le impidió decir en su relación oficial que él había dispuesto la colocación de las tropas, que él se halló entre los abanderados durante la acción, que había hecho huir despavoridos á los bárbaros; que luego se había hecho presentar á Cnodomaro, etc.... pero de Juliano nada dijo, y si hubiese podido, habría ocultado sus gloriosos hechos á gran profundidad debajo de la tierra; solo que la historia no permite que se olviden tan grandes hazañas por mucho que se trate de oscurecerlas.»

El general hizo dar sepultura á todos los muertos, amigos y enemigos, para no incurrir en la ira de los dioses, y para que no fuesen aquellos pasto de las aves de rapiña. Luego dió libertad á los embajadores á quienes había detenido para que no enterasen á los suyos del estado del campamento, y remitió los prisioneros y el botín á Metz. Con esto, dice Amiano, «el Rhin volvió á correr en paz;» pero no por mucho tiempo. No se contentó Juliano con la victoria obtenida y quiso llevar las armas romanas al otro lado del Rhin al mismo país de los bárbaros, como había hecho Julio César después de su victoria sobre Ariovisto cuatro siglos antes. Como en aquella época, volvió Juliano á poner por frontera del territorio bárbaro el Rhin; y queriendo hacer perder á los germanos las ganas de invadir de nuevo el territorio del imperio, dirigióse desde *Tres Taberæ* hoy Elsass-Zabern, á Maguncia para pasar allí el río por un puente de barcas. A esta empresa mostró la tropa gran repugnancia, lo cual pinta

bien el estado relajado de la disciplina y del espíritu romanos; pero á fuerza de buenas palabras logró Juliano vencerla: el ejército pasó el río y marchó tierra adentro, porque los soldados querían mucho á su general que tan fielmente compartía sus fatigas y cuidaba primero de ellos que de sí mismo.

Los bárbaros no creían verse atacados hallándose en paz con Roma: las tribus cuyo territorio invadía Juliano no habían tomado parte en la guerra como tales tribus, aunque algunos de sus individuos se hubieran alistado como voluntarios en las filas de los siete caudillos.

Sin embargo, estando ya el enemigo en su país y recordando el reciente exterminio de sus compatriotas no pensaron en ofrecer abierta resistencia y trataron de conjurar el peligro inmediato enviando al César embajadas para solicitar la paz. Pero de repente cambiaron de parecer y reuniendo á toda prisa las fuerzas de otras tribus auxiliares de diferentes comarcas, amenazaron con un ataque tan furioso que los romanos juzgaron oportuno retirarse á su campamento para no verse aplastados por el número. El vencedor de Estrasburgo no podía cerrar la campaña con una retirada; y así en el silencio de la noche mandó embarcar 800 hombres en botes veloces que llegando á la otra orilla, probablemente del Mein, en diferentes puntos, destruyeron á fuego y sangre todo lo que pudieron alcanzar. A la madrugada se distinguían desde el campamento las avanzadas de los bárbaros en las cimas de las colinas ribereñas. Sin demora marcharon allá las tropas entusiasmadas; mas cuando llegaron no encontraron ya á los enemigos que al verlos se habían retirado á toda prisa; en cambio se veían en lejanía las columnas de humo que subían de las aldeas almanas incendiadas por las columnas volantes en la orilla derecha del Mein, adonde corrían probablemente al auxilio de los suyos los destacamentos de los bárbaros que se habían visto en los cerros. Los habitantes conocedores de todos los caminos habían tenido tiempo de llegar á sus habituales puntos de refugio al verse sorprendidos por la caballería romana por un lado y la infantería desembarcada por el otro; de modo que los romanos, á excepción de algunos prisioneros rezagados que pudieron hacer en las caserías, hubieron de contentarse con llevarse los ganados y las abundantes cosechas que habían acabado de recoger los germanos, y quemar las viviendas que para gran asombro de las tropas estaban ya construidas al estilo romano. Había muchas casas de piedra, no ya de madera; no se sabe si eran moradas, quintas y caserías de los antiguos colonos y propietarios romanos de la Tierra del Diezmo que habían abandonado aquellas comarcas ó que habían sido exterminados cuando el imperio los dejó á la merced de los bárbaros: quizá los almanos habían aprendido al verlas el modo de construir otras, y de todas suertes, esto demuestra que había empezado la romanización, es decir, la admisión por los germanos de la civilización y del lujo romanos.

Desde allí penetraron las columnas unos quince kilómetros mas al interior, hasta que habiendo llegado á la entrada de una enmarañada selva, oscura y pantanosa, se detuvieron indecisas, porque un desertor les dijo que en la espesura había ocultas numerosas bandas, ya en hondonadas y zanjas, ya en cuevas y galerías subterráneas, probablemente silos de antiguos colonos que se encuentran aun hoy en las comarcas del Mein; y principalmente porque encontraron todos los senderos y pasos practicables de la selva y del pantano obstruidos con gigantescos troncos de roble, de Fresno y de abeto.

«Convenciónense los nuestros, dice Amiano, de que no podían penetrar en el interior del país sino dando larguís-